



**JOHN
SCALZI**

**EL IMPERIO
EN LLAMAS**

minotauro

JOHN SCALZI

El imperio en llamas

minotauro

Título original:
The Consuming Fire

© John Scalzi, 2018
© Traducción de Simon Saito, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0625-2
Depósito legal: B. 10.494-2019
Fotocomposición: Ediciones del Simio

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Uno

Todo comenzó con una mentira.

La mentira era que la profetisa Rachela, la fundadora del Sacro Imperio de los Estados Interdependientes y de los Gremios Comerciales, había tenido visiones místicas. Estas visiones profetizaban tanto la creación como la necesidad de ese vasto imperio de asentamientos humanos, dispersos en el espacio y separados por distancias de varios años luz, sólo conectados entre sí por el Flujo, la estructura metacosmológica que los seres humanos comparaban con un río, más que nada porque el cerebro humano, diseñado en un principio para mover el culo de un sitio a otro de la sabana africana y sin un gran salto evolutivo desde entonces, era incapaz, literalmente, de comprender lo que era en realidad; así que, perfecto, que sea un «río».

En las supuestas profecías no había ningún elemento místico. Eran una invención de la familia Wu, que poseía y gestionaba un conglomerado de negocios (algunos relacionados con la construcción de naves espaciales y otros que tenían en nómina a mercenarios). La familia Wu, en vistas del clima político que imperaba, juzgó que había llegado el momento perfecto para tratar de hacerse con el control de los bajíos del Flujo, los lugares donde el espacio-tiempo humanamente inteligible conectaba con el Flujo y permitía a las naves entrar y salir de ese metafórico río entre estrellas. Los Wu sabían perfectamente que la instauración de peajes y el

monopolio de su recaudación era un modelo de negocio mucho más estable que construir cosas, o hacerlas volar por los aires, dependiendo de qué servicio se hubiera contratado con ellos. Sólo necesitaban crear una justificación razonable para convertirse en los recaudadores de los peajes.

En las reuniones de los Wu se propusieron las profecías, se aceptaron, se redactaron, se estructuraron, se probaron y se perfeccionaron antes de asignárselas a Rachela Wu, una joven vástago de la familia que ya era conocida por ser la benévola cara visible del linaje Wu y poseer una mente perspicaz para el marketing y la publicidad. Las profecías eran un proyecto familiar (bueno, de ciertos miembros prominentes de la familia: no se podía permitir que cualquiera participara en él, ya que muchos primos eran indiscretos y sólo servían para beber y para ser delegados regionales de la sociedad familiar), pero Rachela fue quien las vendió.

¿Y a quién se las vendió? Pues al público en general, al que había que convencer de las bondades de la idea de que los remotos y dispares asentamientos humanos se unieran bajo un único y protector gobierno, casualmente encabezado por los Wu, que además gestionarían la recaudación de los impuestos por los viajes interestelares.

Naturalmente, no fue sólo Rachela. En cada sistema estelar, los Wu contrataron y sobornaron a políticos e intelectuales de reconocido prestigio para que promovieran la idea desde un punto de vista político y social entre las personas que creían necesitar una razón convincente y lógica para renunciar al control y la soberanía locales en favor de una incipiente unión política que estaba construyéndose con rasgos imperialistas. Pero aquellos que no eran tan presuntuosos intelectualmente, o que simplemente preferían que los convenciera de la idea de una unión interdependiente una mujer joven y atractiva, que con su sosegado mensaje de unidad y paz los hacía «sentir bien», bueno, ahí entraba en juego la recientemente apodada profetisa Rachela.

Los Wu no se preocuparon de convencer de la idea mística de la Interdependencia al resto de las familias ni a las grandes corporaciones entre las que se movían ellos y su conglomerado de empresas. En este caso siguieron otra táctica: si apoyaban el plan de los

Wu para generar ingresos sin crear riqueza enmascarado en un ejercicio altruista por la construcción de la nación, a cambio recibirían el monopolio de un producto concreto y duradero o de un servicio. En la práctica, les proponían cambiar su negocio actual, con sus molestos ciclos de grandes altibajos, por unos ingresos estables, predecibles y constantes, para siempre. Además de un descuento en los impuestos con los que los Wu pensaban gravar los viajes por el Flujo. En realidad no podía hablarse de un descuento, porque los Wu planeaban cobrar impuestos por una actividad que había sido gratuita hasta entonces. Pero la familia Wu supuso con razón que las otras familias y compañías estarían tan deslumbradas por la oferta de un monopolio inviolable que no se quejarían. Y no se equivocaron.

Al final, los Wu tardaron mucho menos tiempo del que habían calculado en llevar a cabo su plan de la Interdependencia. En menos de diez años, el resto de las familias y de las empresas habían aceptado los monopolios y los títulos nobiliarios prometidos; los políticos y los intelectuales habían hecho el trabajo por el que se les había pagado; y la profetisa Rachel y su Iglesia de la Interdependencia, en rápida expansión, habían convencido al resto de la gente. Se produjeron oposiciones, deserciones y rebeliones que se alargarían décadas, pero los Wu habían elegido correctamente el momento para actuar y su objetivo. En cuanto a los rebeldes, ya habían decidido que el planeta Fin, el puesto avanzado en la recientemente concebida Interdependencia al que más tiempo se tardaba en ir y del que más se tardaba en volver, y que sólo disponía de un bajío de entrada y de salida, sería el vertedero oficial para cualquier persona que se opusiera a sus planes.

Rachel, que ya era la cara pública y espiritual de la Interdependencia, fue elegida por aclamación (cuidadosamente orquestada) la primera emperox. Se escogió este título con género neutro porque los análisis de mercado evidenciaron que casi todos los segmentos sociales encontraban más atractivo ese giro novedoso y fresco de la palabra «emperador».

Esta historia concisa y abreviada de la formación de la Interdependencia podría llevar a pensar que nadie cuestionó la mentira,

que miles de millones de personas se tragaron sin sentido crítico la patraña de las profecías de Rachela. Eso no sería ni mucho menos exacto. La gente puso en duda la mentira en la misma medida que ponía en duda cualquier atisbo de espiritualidad popular con visos de evolucionar hacia una religión propiamente dicha, y se alarmó cuando su aceptación se generalizó y ganó seguidores y respetabilidad. Los observadores contemporáneos no fueron ciegos a las maquinaciones de la familia Wu para apropiarse del poder imperial. Fue el tema principal de innumerables editoriales periodísticos, programas de noticias y esporádicos intentos de acciones legislativas.

Pero la familia Wu superaba a todos sus rivales en organización y en dinero, y contaba con el resto de las ahora nobles familias como aliados. La formación del Sacro Imperio de los Estados Interdependientes y de los Gremios Comerciales era un buey almizclero en plena embestida, y los observadores escépticos eran un enjambre de mosquitos. Ninguno hizo mucho daño al otro, y al final hubo un imperio.

Otra razón por la que la mentira cuajó fue que, una vez formada la Interdependencia, la emperox profetisa Rachela declaró que sus visiones y sus profecías habían concluido, de momento. Transfirió todo el poder funcional de la administración de la Iglesia Interdependiente al arzobispo de Xi'an y a un comité de obispos, quienes reconocían una buena oportunidad cuando la veían, y rápidamente construyeron una organización que relegó los aspectos espirituales de la Iglesia, convirtiéndolos en meros condimentos de una nueva religión, no en el plato principal.

En otras palabras, ni Rachela ni la Iglesia abusaron del factor espiritual en los fundamentales años iniciales de la Interdependencia, cuando el imperio se encontraba en su fase más frágil. Los sucesores imperiales de Rachela, ninguno de los cuales añadió el calificativo «profeta» al título, siguieron al milímetro su ejemplo y se mantuvieron al margen de los asuntos de la Iglesia salvo en las ocasiones más ceremoniales, tanto para alivio de la propia Iglesia como, según pasaron los siglos, para desempeñar el papel que se esperaba del emperox.

La Iglesia, naturalmente, nunca reconoció la mentira de las visiones y las profecías de Rachela. ¿Por qué habría de hacerlo? Para empezar, ni Rachela ni la familia Wu reconocieron nunca explícitamente fuera de los círculos familiares que el aspecto espiritual de la Iglesia de la Interdependencia fuera completamente inventado. Nadie podía esperar que los sucesores de Rachela, al frente del imperio y de la Iglesia, confesaran una cosa así, ni siquiera que airearan públicamente sus sospechas y menoscabaran su propia autoridad. A partir de ahí, sólo era cuestión de esperar a que las visiones y las profecías se convirtieran en doctrina.

Por otro lado, las visiones y las profecías de Rachela se cumplieron en gran medida. Esto era una prueba de que la «profecía» de la Interdependencia, pese a su vastedad, también era un objetivo alcanzable, si se tenía ambición, dinero y una cierta dosis de crueldad, como era el caso de la familia Wu, que disponía de todo eso a raudales. Las profecías de Rachela no pedían a la gente que modificara su modo de vivir en las pequeñas cuestiones cotidianas; sólo demandaban que cambiaran su sistema de gobierno para que las personas que ocupaban el escalafón más alto acumularan aún más poder, control y dinero que antes. Y resultó ser que eso no era pedir demasiado.

Al final, la familia Wu no se equivocaba. La humanidad estaba dispersa y de todos los sistemas estelares que estaban cerca del Flujo sólo uno tenía un planeta con las condiciones necesarias para albergar vida humana al aire libre: Fin. Todos los seres humanos en el resto de los sistemas vivían en hábitats artificiales construidos en los planetas, en las lunas o en el espacio. Su aislamiento los hacía extremadamente vulnerables, y ninguno de ellos tenía la capacidad para producir todas las materias primas que necesitaba para existir o para fabricar todo lo necesario para la supervivencia. La humanidad precisaba la interdependencia para sobrevivir.

Si necesitaba concretamente la Interdependencia como estructura política, social y religiosa para poner en práctica esa clase de interdependencia era sumamente cuestionable, pero, un milenio después, se trataba de un asunto insignificante. La familia Wu había diseñado un camino para hacerse con el poder político y social

a largo plazo y estaba siguiéndolo, valiéndose de una mentira para que todo el mundo lo acompañara por él. De paso, los Wu también crearon un sistema bajo el cual la mayoría de los seres humanos disfrutaba de una vida cómoda, sin el miedo existencial al aislamiento, a la entropía, al inevitable y terrorífico desmoronamiento de la sociedad y la muerte de todas las cosas y las personas a las que tenían cariño, que pendía sobre sus cabezas en todos los momentos del día.

La mentira les fue bien a todos, más o menos. Para los Wu fue espectacular, bastante beneficiosa para el resto de la clase noble, y a la mayor parte del resto de las personas no les fue nada mal. Cuando una mentira tiene consecuencias negativas, la gente no la acepta. Pero ¿y si ocurre lo contrario? Las personas siguen adelante, hasta que todo el mundo olvida que la mentira era una mentira, o, en este caso, se codifica como fundamento de una práctica religiosa, se pule y se abrillanta para convertirla en algo más hermoso y aceptable.

Las visiones y profecías de Rachela eran una mentira que tuvo los efectos deseados. Eso significó que las visiones y profecías prevalecieron como una piedra angular de la doctrina de la Iglesia de la Interdependencia, con su origen en una profetisa, no lo olvidemos. Había habido una, que además se convirtió en emperox. No había nada en la doctrina de la Iglesia que impidiera que otro emperox reivindicara el poder de las visiones o de las profecías. De hecho, la doctrina de la Iglesia sugería que, como jefe de la Iglesia de la Interdependencia, el poder visionario de la profecía era un derecho de cuna de los emperox, los ochenta y ocho que hasta el momento descendían de la mismísima emperox profetisa Rachela, quien, aparte de ser la madre de la Interdependencia, también fue madre de siete hijos, incluidos unos trillizos.

Todos los emperox eran, de acuerdo con la doctrina, capaces de tener visiones y de hacer profecías. Sólo que, a excepción de Rachela, nunca se había dado el caso.

Es decir, hasta ahora.

En la antesala de la cámara del comité ejecutivo, la estancia del palacio imperial cedida al grupo con el mismo nombre, y del que la emperox era la presidenta, la arzobispa Gunda Korbijn se paró abruptamente, para sorpresa de su secretario, e inclinó la cabeza.

—¿Eminencia? —inquirió el secretario, un joven sacerdote llamado Ubes Ici.

Korbijn levantó una mano para mandarlo callar y permaneció inmóvil un instante, poniendo en orden sus pensamientos.

—Antes era más sencillo —dijo la arzobispa entre dientes.

Luego sonrió pesarosamente. Su intención había sido elevar una breve plegaria para suplicar paciencia, tranquilidad y serenidad ante lo que presentía que sería un día duro, un mes duro, y posiblemente un resto de carrera duro. Pero lo que la había hecho actuar así fue algo completamente distinto.

Bueno, no tenía que extrañarse después de cómo habían ido estos últimos días, ¿verdad?

—¿Ha dicho algo, eminencia? —preguntó Ici.

—Hablabas sola, Ubes.

El joven sacerdote asintió y luego señaló la puerta de la cámara.

—Los demás miembros del comité ejecutivo ya están dentro. Salvo la emperox, naturalmente, que llegará a la hora acordada.

—Gracias —dijo Korbijn, mirando la puerta.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Ici, siguiendo la mirada de su jefa.

Korbijn sabía que Ici era una persona respetuosa, pero no estúpida. Era plenamente consciente de los acontecimientos recientes, pues no podrían haberle pasado desapercibidos. A nadie podrían haberle pasado desapercibidos, ya que habían sacudido los cimientos de la Iglesia.

—Estoy bien, gracias —lo tranquilizó Korbijn. Enfiló hacia la puerta e Ici la siguió, pero la arzobispa volvió a levantar la mano—. Sólo los miembros del comité pueden asistir a esta reunión —dijo, y, leyendo la pregunta en la cara de Ici, añadió—: Es probable que en la reunión se produzca un sincero intercambio de puntos de vista, y es mejor que estos no salgan de la cámara.

—Un sincero intercambio de puntos de vista —repitió con escepticismo Ici.

—Así es —asintió Korbijn—. Es el eufemismo que emplearé, por ahora.

Ici frunció el ceño, hizo una reverencia y dio un paso a un lado.

Korbijn alzó la vista y musitó una plegaria, esta vez sí, y luego empujó las puertas para entrar en la cámara.

La habitación era amplia y estaba excesivamente ornamentada, como sólo podía estarlo la estancia de un palacio imperial, atestada de quincalla de siglos de donaciones artísticas, mecenazgo y adquisiciones realizadas por emperox con más dinero que gusto. Un mural recorría la pared del fondo, y en él estaban representadas las grandes figuras históricas que habían formado parte del comité a lo largo de los siglos. Era obra del artista Lambert, que había pintado el fondo imitando el estilo renacentista italiano y a los personajes en el estilo realista que caracterizó los primeros años de la Interdependencia. En sus primeros días como miembro del comité, a Korbijn le había parecido que el fresco era un horrendo revoltijo, y la heroica representación de las figuras una casi paródica exageración de la importancia del comité ejecutivo y su trabajo cotidiano.

«Nadie va a representar a este comité en un mural», pensó la sacerdotisa mientras se dirigía hacia la mesa alargada, rodeada por diez ornamentadas sillas. Ocho de ellas ya estaban ocupadas por otros dos representantes de la Iglesia, tres miembros del parlamento y tres delegados de los gremios y de la nobleza que los controlaba. Una de las sillas vacías, en una de las puntas de la mesa, era para ella, por su calidad de presidenta del comité. La otra estaba reservada para Grayland II, la actual emperox y el motivo del dolor de cabeza de Korbijn.

Como le recordaron en el mismo instante en que tomó asiento.

—¿Qué cojones es eso de que la emperox ha tenido visiones? —soltó Teran Assan, vástago de la Casa de Assan y el miembro más nuevo del comité. Era el sustituto que se había elegido precipitadamente (probablemente demasiado precipitadamente) de Nadashe Nohamapetan, que se encontraba detenida por asesinato, traición e intento de asesinato de la emperox.

Korbijn echaba de menos su presencia relativamente educada. Quizá Nadashe fuera una traidora, pero al menos tenía buenos modales. El exabrupto de Assan, ¡ay!, no era más que una manifestación de su comportamiento habitual. Era una de esas personas que consideraban que las convenciones sociales eran para los débiles.

Korbijn paseó la mirada por los presentes para ver las reacciones al arrebato de Assan, unas reacciones que iban desde el mero desprecio hasta el triste reconocimiento de que probablemente el comportamiento de Assan estaba estableciendo nuevas y bajas cotas de mala educación.

—Buenos días también tenga usted, lord Teran —dijo Korbijn—. Ha sido muy amable por su parte comenzar nuestra reunión con una ronda de galanterías.

—¿Quiere galanterías cuando nuestra emperox anuncia que está teniendo delirios religiosos sobre el fin de la Interdependencia y la destrucción del sistema de gremios? —replicó Assan—. Si me permite la observación, eminencia, creo que su sentido para ordenar las prioridades está estropeado.

—Insultar a otros miembros del comité no es la manera más eficaz de trabajar, lord Teran —dijo Upeksha Ranatunga, la parlamentaria con más autoridad en el comité. Assan había sacado de quicio a Ranatunga desde el mismo momento en que se había unido al comité. Korbijn sabía que eso requería cierto esfuerzo, pues Ranatunga era el paradigma del político práctico. Se tomaba como un reto personal llevarse bien con todo el mundo, sobre todo con las personas a las que despreciaba.

—Permítanme que presente una objeción —continuó Assan—. En el último mes, nuestra querida emperox ha anunciado que creía que el Flujo, nuestro medio para realizar viajes interestelares, estaba desapareciendo, y presentó a un científico salido del culo del universo y del que nadie había oído hablar para que apoyara sus afirmaciones. Dichas afirmaciones están alimentando el nerviosismo en la economía y en la sociedad, incluso a pesar de que otros científicos ponen en duda su veracidad. Y ahora, en respuesta a eso, la emperox declara que tiene comunicaciones místicas.

»Pero su eminencia, aquí presente —continuó Assan, señalando a Korbijn—, desea que intercambiamos galanterías. Perfecto. Hola, eminencia. Tiene usted muy buen aspecto. Por cierto, perder el tiempo con galanterías es una estupidez innecesaria y, casualmente, por si acaso no se ha enterado aún, la líder del imperio está teniendo visiones, joder, de modo que quizá deberíamos dejarnos de galanterías y concentrarnos en eso. ¿Qué opina?

—¿Y qué objeción tiene usted a las visiones, lord Teran? —preguntó Korbijn en el tono más cordial del que fue capaz, juntando las manos.

—¿Es broma? —Assan se incorporó en la silla—. En primer lugar, es evidente que la emperox dice lo de las visiones porque ha encontrado oposición a su teoría de que el Flujo esté desapareciendo. Está intentando pasar por encima del parlamento y de los gremios, que le oponen resistencia. En segundo lugar, de momento, la Iglesia, y esta es la parte que la afecta, eminencia, está respaldándola en esto. En tercer lugar, si de verdad tiene esas visiones y está utilizándolas en su beneficio, nuestra joven emperox está delirando, y eso podría ser también un problema urgente. Todas estas cuestiones exigen ser afrontadas inmediatamente.

—La Iglesia no está respaldándola —dijo el obispo Shant Bordleon, quien, como el segundo miembro más nuevo en el comité, estaba sentado enfrente de Assan.

—¿De verdad? —contraatacó Assan—. No he oído una sola palabra de la Iglesia desde que Grayland dio su discursito en la catedral hace dos días. Desde entonces han pasado un par de ciclos de noticias. A estas alturas ya podrían haber hecho alguna declaración. Una refutación, tal vez.

—La emperox es la jefa de la Iglesia —repuso Bordleon, en un tono que sonó como si estuviera aleccionando a un niño especialmente testarudo—. No es una vulgar sacerdotisa rebelde en un hábitat minero a quien podamos meter en cintura.

—Así que los emperox merecen un trato diferente —gruñó Assan sarcásticamente.

—Pues sí —afirmó Korbijn—. La emperox se dirige a los obispos siguiendo los formalismos, habla ex cátedra, no en calidad de

jefa secular del imperio, sino como persona eclesiástica descendiente de la profetisa. En ese contexto, no podemos hacer caso omiso de lo que dice, ni refutarlo. Lo único que podemos hacer en el seno de la Iglesia es trabajar con ello. Interpretarlo.

—Interpretar delirios.

—Interpretar visiones. —Korbijn miró uno a uno a los miembros del comité—. La Iglesia Interdependiente se fundó sobre las visiones de la profetisa Rachela, que también fue la primera emperox de la Interdependencia. Ambos papeles se han mantenido entrelazados desde la fundación del imperio. —Fijó la mirada en Assan—. Hablando desde un punto de vista doctrinal, Grayland no está haciendo nada controvertido. La Iglesia, con independencia de su esencia actual, se fundó a partir de unas visiones de naturaleza espiritual. Nuestra doctrina acepta que el cardenal de Xi'an y de Central, como jefe de la Iglesia, pueda tener visiones de naturaleza espiritual, como le sucedió a Rachela. Y que esas visiones puedan ser reveladoras y afectar a la doctrina.

—Y se espera que nosotros aceptemos todo eso —dijo Assan.

—¿A quién incluye en ese «nosotros»? —preguntó Korbijn.

—A los gremios, por ejemplo. —Assan señaló a Ranatunga—. Y al parlamento.

—Todavía hay leyes que regulan la blasfemia —recordó Bordon—. De vez en cuando incluso se aplican.

—Vaya, qué conveniente, ¿eh? —dijo Assan.

—Lord Teran tiene razón en algo —señaló Ranatunga, y se ganó el respeto de Korbijn por ser capaz de decirlo sin sufrir un ataque—. Tanto si es correcto o no desde la perspectiva doctrinal, no se recuerda a ningún emperox que reivindicara de una manera tan enérgica su papel como jefe de la Iglesia. Y ciertamente ninguno había afirmado que hubiera tenido visiones.

—¿El hecho de que haya ocurrido ahora le parece sospechoso? —le preguntó Korbijn.

—«Sospechoso» no sería la palabra que yo emplearía —respondió Ranatunga, tan diplomática como siempre—. Pero tampoco estoy ciega a la situación política de Grayland. Lord Teran tiene razón. Ha alterado el funcionamiento del gobierno con sus afirma-

ciones sobre el Flujo. Ha hecho cundir el pánico en la gente. La respuesta a esto no es apelar a las profecías, sino a la ciencia y a la razón.

Korbijn frunció el ceño ligeramente. Ranatunga lo advirtió y levantó una mano con gesto tranquilizador.

—No estoy criticando a la Iglesia ni sus doctrinas. Pero, Gunda, tiene que reconocerlo. Esto no es algo propio de los emperox. Como mínimo deberíamos preguntarle sobre ello. De una manera directa.

La tableta de Korbijn emitió el sonido de una notificación. La arzobispa la leyó y se puso en pie, invitando a los demás a que la imitaran.

—Ahora tendrá la oportunidad de hacerlo. Todos en pie. La emperox ya está aquí.